

Plenaria de Justicia
La Muy Reverenda Dra. Carmen
Lansdowne Iglesia Unida de Canadá 18
de octubre de 2025

Señora presidenta, secretario general, miembros de la Mesa, invitados, hermanos y hermanas en Cristo:

Hace dos meses terminé un mandato de tres años como moderadora de la Iglesia Unida de Canadá. Fui la segunda persona indígena en ocupar este cargo y la primera mujer indígena en desempeñarlo. Soy miembro de la Primera Nación Heiltsuk, de la costa central de Columbia Británica, en la costa oeste de Canadá. Mi pueblo es superviviente de un genocidio físico y cultural, una historia que no tengo tiempo de contar hoy, pero se estima que hace menos de 200 años había entre 25 000 y 35 000 personas de la nación Heiltsuk. Exterminados principalmente por la viruela y la gripe, a principios del siglo XX quedábamos menos de 400 supervivientes. El 99,99 % de nuestro pueblo fue asesinado en el espacio de un siglo.

Elegí el tema de nuestra Asamblea General porque los pueblos indígenas de todo el mundo son expertos en perseverancia. Mi prima Ayla dice que la resistencia es el valor indígena más subestimado. En nuestro libro de trabajo, el comité de planificación estratégica del programa aludió al hecho de que algunos de nuestros miembros consideraban que perseverar en nuestro testimonio no era el mensaje adecuado para 2025. Se plantearon preguntas como: «¿Dónde está el optimismo de nuestra tradición reformada? ¿Es el mundo realmente tan sombrío como se describe en el libro de trabajo? Y si es así, ¿es la perseverancia realmente la respuesta adecuada?».

Pensaba que los pueblos indígenas de todo el mundo han estado perseverando bajo el peso de la opresión cultural, física, espiritual y medioambiental durante más de 500 años. Y sí, cuando se considera el mundo desde la perspectiva de aquellos que se ven más marginados por los sistemas de opresión locales y globales, el mundo sigue siendo sombrío, por lo que debemos perseverar en nuestro testimonio. Perseverar en nuestra creencia de que sabemos cómo hacerlo y que debemos reformar constantemente nuestras vidas para vivir en una relación correcta entre nosotros y con toda la buena creación de Dios. Pero mi hermana indígena y cofacilitadora del taller sobre pueblos indígenas, Jenne Pieter, se enfrentó a este concepto como una noción cristiana idealizada. Que nosotros, como pueblos indígenas, estamos realmente *resistiendo* la opresión. Y resistencia es una palabra mucho más activa que también requiere reforma y reformación. Porque, como se dice de forma muy sencilla pero profunda en nuestra nota conceptual sobre el Pacto por la Justicia: toda la vida está en juego aquí.

Muchas iglesias que tienen relaciones con los pueblos indígenas se han vuelto muy buenas en indigenizar sus espacios o en destacar las culturas indígenas en las liturgias y celebraciones de la diversidad. Pero son muchas menos las que han considerado descolonizar la forma en que hacemos negocios o cómo abogamos por cambios sociales, políticos, ambientales y económicos en el mundo. Las ideas, cosmologías y culturas indígenas son una buena idea hasta que implican replantearse radicalmente la forma en que perseguimos nuestros objetivos políticos, medioambientales y económicos. Entonces, nuestras perspectivas se consideran anticuadas, paganas, poco realistas o ignorantes. La verdad es que los pueblos indígenas han vivido durante milenios de una manera más equilibrada y respetuosa con la bondad de todo el orden creado. Cuando luchamos contra la destrucción descontrolada y desenfrenada de los ecosistemas para que se pueda promover la agroindustria, la minería, la fabricación o la explotación de recursos en nombre del «crecimiento económico», es porque sabemos que la

la Tierra no puede seguir tolerando un modelo económico que ve el mundo que Dios ama como un simple cajero automático del que se pueden retirar sin límite los recursos naturales de la Tierra.

Luchar contra las empresas, a menudo respaldadas por el poder militar nacional, especialmente (pero no solo) en el Sur Global, es peligroso; una historia de David y Goliat que rara vez tiene un final feliz. Nuestras iglesias deberían buscar cambios en los sistemas que garanticen que podamos vivir en un futuro drásticamente revisado con respecto a nuestra trayectoria actual.

Nuestras iglesias, especialmente aquellas con importantes inversiones en acciones, pueden y deben considerar desinversiones estratégicas, boicots y activismo accionario para exigir responsabilidades a las empresas en un mundo que valora a los accionistas como el grupo más importante, si no el único, que debe tenerse en cuenta. Todas las iglesias miembros podrían abogar por leyes, como las que existen en algunos países, que limiten nuestro uso de plásticos de un solo uso, pero que también regulen la fabricación de productos con obsolescencia programada. Gran parte del frenesí minero actual se debe a que estamos impulsando la transición hacia un mundo más digital con equipos diseñados para quedar obsoletos, en lugar de hardware que pueda actualizarse durante períodos de tiempo significativos, como si el mundo tuviera cantidades ilimitadas de aluminio, cadmio, cobalto, litio, oro y otros metales preciosos de los que dependemos cada vez más para nuestras necesidades de hardware tecnológico. Y debemos abogar por los cambios medioambientales más estratégicos posibles. A menudo, nuestras iglesias se centran en limitar los viajes en avión, cuando estos solo representan el 2 % de nuestras emisiones globales de gases de efecto invernadero (GEI). La forma en que alimentamos y calentamos/enfriamos nuestros edificios es, con diferencia, el uso más significativo de combustibles fósiles, ya que representa el 27 % de nuestros GEI, la construcción de edificios contribuye con el 14 % de los GEI y el transporte por carretera representa el 12 % de nuestros GEI. Y debemos abogar por la transformación del mercado del carbono para dar prioridad a los proyectos de contribución al carbono liderados por indígenas y comunidades, en lugar de a los desarrollos ecológicos con otros impactos sociales y medioambientales que afectan de manera desproporcionada a los pueblos indígenas y otras comunidades marginadas en el Sur Global.

Las cosmovisiones indígenas deben ocupar un lugar central en la visión del futuro. Nuestra profunda comprensión de las intrincadas redes de vida interconectadas en todo el orden creado por Dios nos sitúa en una posición única para ayudarnos a reformarnos y a reformar el capitalismo neoliberal desenfrenado que caracteriza este período de nuestra existencia como el Capitaloceno. Nuestras culturas poseen sabidurías ancestrales sobre cómo extraer recursos de forma responsable, aunque mucho más lentamente. Nuestros ancianos saben cómo estar atentos a las señales de un ecosistema en peligro o, lo que es más importante, cómo vivir bien en la abundancia del orden creado por Dios sin tomar más de lo que necesitamos. Éramos expertos en vivir la historia del maná y las codornices (Éxodo 16) antes de la colonización, y volver a vivir de esa manera es mejor para nosotros y para el planeta.

En el documento conceptual sobre los pueblos indígenas, defendemos la idea de la «economía del donut», que, hay que reconocerlo, es un nombre muy poco serio para una visión alternativa increíblemente poderosa y seria de nuestros sistemas económicos globales: una visión que no externaliza los impactos de nuestras economías sobre las personas o el planeta. El concepto de economía del donut requiere que vivamos dentro de unos límites políticos y medioambientales que creen un espacio justo y seguro para los seres humanos, generando prosperidad humana dentro de una floreciente red de vida.

El mundo sigue contando la mentira de que el capitalismo es una historia de oferta y demanda. Pero esta no es toda la historia. La verdad es que vivimos en un sistema económico basado en la comercialización de la demanda de bienes de consumo. Creamos bienes, muchos de los cuales nadie necesita, y luego las empresas necesitan

fabricar el deseo por esos bienes. ¿Qué pasaría si nuestras iglesias miembros, a través de esta Comunión y otros organismos ecuménicos, pudieran utilizar las herramientas que ya tenemos para crear una visión de prosperidad básica para todas las personas del planeta? ¿Qué pasaría si nos hiciéramos preguntas como: «¿Qué necesitaríamos para prosperar: ropa de buena calidad, viviendas duraderas y energéticamente eficientes, transporte público neutro en carbono siempre que sea posible, acceso a tecnología ética y duradera, y regulación de las tecnologías digitales que tienen un impacto medioambiental desmesurado, como la inteligencia artificial generativa de consumo?». ¿Qué otras preguntas tendríamos que hacernos para poder abogar por sistemas globales que apoyaran esa visión de la vida?

La defensa indígena del fin de los sistemas económicos y medioambientales destructivos no es solo para nuestros pueblos, sino para todos nosotros, por amor al mundo que Dios ama. Esto es lo que queremos decir cuando muchos de nosotros afirmamos que toda la teología indígena es teología política, porque la teología sin la acción correcta no es suficiente. Ya no.